

VAROUFAKIS, Yannis. *The Global Minotaur. America, Europe and the Future of the World Economy.* Segunda edición. Londres: ZedBooks, 2013, 296 pp.

Quizás la voz más original e interesante entre las que se han levantado con respecto a la crisis en el espectro heterodoxo de la teoría económica sea la del economista griego Yannis Varoufakis. En su *Global Minotaur* (ya traducido a varios idiomas), propone su explicación de la crisis económica de 2008 y da cuenta de las razones por las que seguimos empantanados en ella. Varoufakis, un economista con credenciales (autor de un relevante libro de texto en Teoría de Juegos), persigue rehabilitar la economía política para no solo dar cuenta de la realidad de la economía contemporánea, sino intervenir en el rediseño de esta al más alto nivel. Un crítico de la matematización de la economía, a la vez que gran interesado en la historia del pensamiento económico, el autor opta por la reseña histórica, así como el análisis político para iluminar un escenario global donde la macroeconomía está fuertemente ligada con la política internacional. Más allá de coincidir o no con el análisis de Varoufakis, sus habilidades estilísticas hacen del libro una lectura agradable.

La tesis del libro es bastante simple: la Crisis del 2008 es una crisis con C mayúscula, solo equiparable a la de 1929, y esto queda demostrado no solo en la espectacularidad del desplome del castillo de naipes financiero, sino por la dificultad en todas partes del mundo de superarla. Siendo Europa el caso más grave de esta persistencia de la crisis, todo el mundo se encuentra en un estado de desorientación, sin una receta clara para la normalización de la economía. Esto se debe a que el esquema que gobernaba la economía mundial, el «Minotauro Global» según el autor, ha sido herido de muerte con la crisis y ya no tiene este centro organizador. Esta metáfora del «Minotauro Global» se refiere al sistema internacional que sucedió al esquema de Bretton Woods (Varoufakis se refiere a este como el Plan Global) desde 1971, en el que se empezó una época de «inestabilidad controlada» tras el fin del patrón oro; esta época tuvo como nuevos protagonistas los déficits gemelos en la balanza comercial y en las finanzas públicas de Estados Unidos que, en vez de tender a una estabilización, solo se hicieron cada vez más grandes durante los casi cuarenta años de su dominio. Y así como los reinos griegos debían entregar tributos (sacrificios de jóvenes) al soberano de Creta para alimentar a su terrorífico Minotauro y (creían) mantener la paz y el comercio en la región; así las nuevas potencias (Alemania, Japón y luego China) enviaban sus billonarios superávits a los «laberintos» de Wall Street.

Pero para entender esta tesis es necesario reseñar el repaso histórico que nos ofrece Varoufakis en su libro. Este empieza con un apunte teórico fundamental que extrae de Marx y la teoría clásica: el capitalismo es radicalmente distinto a otros sistemas porque invierte el esquema entre producción-distribución-financiación. En efecto, dónde antes los campesinos producían en espera de que el señor feudal (debido a cierta mezcla

de poder militar y legitimidad religiosa) se quede con «su» parte (el excedente) y luego este —quizás— se involucre en actividades de préstamo de dinero; en el capitalismo, el préstamo suele ir primero, sigue luego la distribución (el pago de salarios) y la producción viene después. Esta importancia trascendental de la deuda y las finanzas en la economía capitalista le sirve a Varoufakis para resaltar la importancia que tiene el re-ciclaje del excedente. Y esto no solo a un nivel microeconómico donde resulta obvio (D-M-D'), sino también con la industrialización, donde se fueron creando regiones superavitarias y otras deficitarias, siendo necesario para la estabilidad del sistema (el sostenimiento de la demanda de la producción manufacturada) la circulación y re-circulación de estos excedentes entre las regiones. Fue precisamente la falla o ausencia de lo que el autor llama «Mecanismo global de reciclaje de excedentes» (Global Surplus Recycling Mechanism) lo que creó la Gran Depresión de 1929. El colapso de las regiones deficitarias terminó colapsando también las superavitarias y todo el esquema global se desmoronó hasta que la Segunda Guerra Mundial reanimó la industria con su infame negocio.

Tras la guerra los economistas armaron el sistema Bretton Woods, basado principalmente en la supremacía económica norteamericana, cuyos grandes superávits necesitaban mercados. En ese sentido, proyectos como el Plan Marshall o las varias conflagraciones de la Guerra Fría (Corea, Vietnam) fueron, del alguna manera, pasos en la consolidación de este «Plan Mundial» de reciclar los superávits norteamericanos (principal y paradójicamente hacia Alemania y Japón, sus ex-enemigos) a las zonas deficitarias con el sentido de crear mercados para sus bienes. Este mecanismo permitía que el dólar se anclase al precio del oro, creando una suerte de patrón oro, ya que el resto de monedas del mundo habían acordado una mínima flotación alrededor de la moneda norteamericana. Este arreglo institucional al más alto nivel permitió lo que se llegó a conocer como la «edad dorada» del capitalismo, veinticinco años de estabilidad y crecimiento.

Pero como todos saben, el sistema Bretton Woods colapsó, debido a cierta falla en sus cimientos, que John Maynard Keynes ya había advertido en 1944, pero no había sido escuchado. El Sistema Monetario Internacional, así como estaba concebido, solo era posible en un escenario donde Estados Unidos se encontrase siempre en una posición superavitaria. Sin embargo, el cambio en las mareas de la productividad mundial, con una Alemania y un Japón a toda máquina, sumado a un gasto público norteamericano fuera de control (inversiones en seguridad social y la guerra en Vietnam), trastornaron los flujos internacionales y Estados Unidos se vio obligado a emitir dinero más allá de sus reservas de oro causando gran incertidumbre en el mundo entero. Lo que sigue lo conocemos todos: el fin del patrón oro, la estanflación, el nacimiento de una nueva economía. Lo que agrega Varoufakis a toda esta historia es cómo este nuevo arreglo no fue otra cosa que una hábil jugada para mantener la hegemonía norteamericana: el nacimiento del «Minotauro Global». Todas estas características que se atribuyen a la época posterior a 1971 (el aumento del precio del petróleo, la caída en los salarios reales, la consolidación del dólar, la inestabilidad, así como la inmensa financiación de la economía) no son más

que pasos necesarios para hacer posible aquella quimera de revertir los flujos de capital, de mantener los déficits norteamericanos durante décadas, porque precisamente de eso se trató. Si antes EE.UU. enviaba sus excedentes a Japón o Alemania, ahora era EE.UU. el país en déficit que financiaba sus déficit a través del capital que llegaba todos los días desde las altamente eficientes factorías germanas o niponas a los «laberintos» de Wall Street. Además del creciente déficit y la inestabilidad en las tasas de cambio en todo el mundo, caracterizaron a esta época la inmensa producción de riqueza y beneficios, así como la desigualdad y la pobreza, una característica no-accidental, sino necesaria para la consolidación de este viaje de flujos de capital hacia EE.UU.

Pero más allá de lo metafórico, es interesante cómo Varoufakis puede dar cuenta de las múltiples explicaciones de la crisis (falta en la regulación, malos modelos financieros y macroeconómicos, ambición desmedida de los yuppies, orígenes culturales de la crisis), que terminan siendo ellas mismas efectos del arreglo macroeconómico iniciado en 1971. La aparición de una economía financiera, cada vez más apalancada, diseñada para acompañar este proceso, la pauperización del trabajador promedio (cuyo salario real sigue estando al nivel de 1970 en EE.UU.) son efectos del «Minotauro Global». Asimismo, la constitución de la Unión Europea, más allá del problema de la moneda única, se basa en la existencia de este sistema; por tanto, no sorprende que la crisis financiera en Washington haya terminado generando la crisis de la Eurozona. En última instancia, para Varoufakis el juego capitalista siempre termina siendo sobre cómo reciclar los excedentes que se producen. Aunque es cierto que el sistema cayó por un exceso de apalancamiento, este a su vez necesitaba aquel exceso para seguir manteniendo su dinámica. Lo que finalmente propone el autor es la necesidad de incorporar la política en la economía para poder enfrentar estos asuntos, buscar un nuevo plan global para diseñar el mundo porvenir, porque de lo contrario sucederá lo que sucedió la última vez: depresión duradera, muy elevado desempleo y nazis en el parlamento.

Stephan Gruber Narváez
Departamento de Economía
Pontificia Universidad Católica del Perú